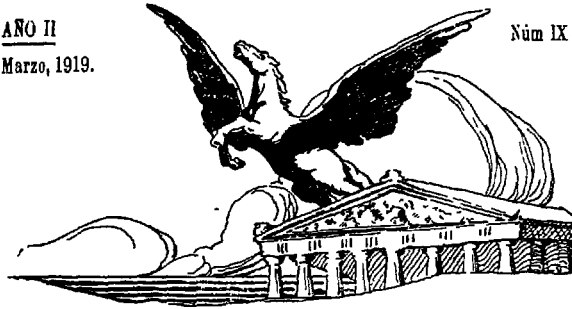
AÑO II

Marzo, 1919.

Núm IX



DIRECTORES: Pablo de Grecia — José María Delgado
REDACCION: Antón Martín Saavedra — Wilfredo Pi — Montiel Balsteros
ADMINISTRACION: José López Deschamps

Diríjase la correspondencia Piedras 385, Montevideo. | Suscripción mensual $ 0.50

A AMADO NERVO

De casaquilla y de espadin,
Veste sin duda que te abruma,
Anunciado por el tambor
Y por los toques del clarin
Como cualquier Embajador,
Desde el solar de Montezuma,
Lírica tierra si las hay,
Viniste, excelso Emperador,
Al Uruguay.

Todos los otros que llegaron
Representando a sus naciones,
Sin duda alguna precisaron
Esas sonoras vibraciones
Y esas vistosas procesiones
Que su presencia pregonaron.
Más para tí era innecesario

Ese clamor, ese aureo manto,
Ese espadín; pues entre tanto
Embajador Extraordinario
Tu eras el único, señor,
Extraordinario Embajador.

Y con las mágicas Golcondas
Que, de tu lira al eco suave,
Vimos surgir sobre las ondas
Desde la borda de tu nave;
Con esas lágrimas sagradas
Que hiciste mas de alguna vez
Brotar, a modo de un Moisés,
En nuestras almas calcinadas;
Con las alas que tantas veces
Nos prestó el condor de tu verbo;
Con el alivio al mal acerbo
Que en tu palacio azul ofreces:
Tenías bastante, Amado Nervo,
Para que en nuestra tierra amada,
Con, sin o contra tu Embajada,
Vieras de par en par abiertas
Todas las almas y las puertas.

Hemos querido en pobres rimas,
Mas con el alma puesta en todo,
Presentar nuestra ofrenda al modo
Que, nos parece, mas estimas.
Hemos deseado, alto argonauta,
Siguiendo el hilo de tu pauta,
Que entre el heráldico clamor
También el eco de una flauta
Escucharas alrededor. . .
Es una flauta estriada y ruin,
Bien lo habreis visto ya, señor,
Más de madera que cristal;

¡ Pero, maestro, flauta al fin !
Y, aunque el artista lo hace mal,
Grande es tu bello corazón
Para que en ella sepa oír
Mas lo que no puede decir
Que lo que expresa su canción.

JOSÉ MARIA DELGADO.

EL SARCÓFAGO DEL CONQUISTADOR

AUTENTICIDAD DE LOS RESTOS

Tan vieja como Lima, tan opulenta en historia como ésta, la inmensa catedral cuya primera piedra colocaron las manos de Pizarro al fundar la ciudad del Rimac, ostenta su silueta gallarda en la Plaza de Armas, haciendo ángulo con el palacio que lleva el nombre del Conquistador y que fué residencia de los virreyes del Perú. ¡ Cuántos recuerdos no evocan los recios muros de adobe, fuertes como el granito, de ese templo varias veces secular; recuerdos gloriosos unas veces, trágicos otras, de una época fecunda en turbulencias y rica en tradiciones y esplendor ! La catedral fué reedificada en 1746, a causa de un violento terremoto que destruyó gran parte de la ciudad, pero desde entonces ha desafiado valientemente los más fuertes movimientos sísmicos que han sacudido el suelo de la metrópoli.

Allí, bajo sus artesonadas bóvedas, y en el lado izquierdo de una capilla enrejada, siempre en penumbra, sitio de paz escondido en una de las amplias naves laterales, se halla el sarcófago que guarda los restos momificados del férreo dominador de los imperiales señores de Antisuyo.

Aquel guerrero insigne y tenaz, aquel clarovidente que adivinó una tierra de fabulosas riquezas para incorporar a los dominios de su soberano; aquel analfabeto sublime dotado de un cerebro pleno de luz y de un brazo potente, cuyo nombre llena las páginas más brillantes de la historia de la Conquista, está allí, sin alma, rígido y severo, en forma de una momia de color cobrizo, llevando como mortaja el hábito de Santiago.

Ni en los Inválidos, ante la tumba del gran Napoleón, ni en Postdam, frente al sarcófago de otro grande, Federico II, me he sentido tan hondamente impresionado como lo estuve en la catedral de Lima al contemplar por primera vez los depojos del aventurero ilustre que dió a la corona de España el más rico florón de sus Indias.

Si la vista de esa momia, perfectamente conservada, nos hace pensar en los heroísmos de dos razas, trayéndonos a la memoria las hazañas de los soldados de Castilla y el esfuerzo titánico de las huestes incaicas por contener al invasor, ella nos habla, también, de la traición de los Almagro, al observar sobre los apergaminados tegumentos del cadáver las huellas de las ligaduras con que sujetaron a Pizarro sus aleves victimarios y la señal de la puñalada que le costó la vida. La mente reconstruye la tragedia de Lima, y el corazón, oprimido, lamenta el triste fin de aquella grandeza que sólo pudo sucumbir entonces porque su mano no alcanzó a empuñar la espada invicta.

Mucho se discutió durante largo tiempo acerca de la autenticidad de los restos de Francisco Pizarro, pero una serie de documentos de la época colonial, desvanecieron en gran parte las dudas que se tuvieron a ese respecto. Sin embargo, los papeles más importantes y concluyentes acaban recién de exhumarse de un archivo privado, por cuya razón no figuran en ninguno de los libros que se han escrito sobre la Conquista del Perú.

Dichos documentos,—que ofrezco como una primicia, espero que han de ser bien recibidos por los que cultivan con interés en nuestro país la historia colonial americana. Dicen así:

« Exmo. Sr. Domingo de Ortega, Sacristan Mayor de la Santa Iglesia Catedral desta ciudad digo—que Vra. Exa. fué servido de mandar que los guessos del señor marques Dn. Franco Picarro que sea en gloria que están depositados al presente en la capilla de la Concepción

desta dicha Santa Iglesia que es la que está señalada por su magd. para que se entierren los señores desta rreal audiencia y oficiales reales que murieron en esta cindad se pasen en una caxa al lugar donde al presente está otra con los guessos del señor Don Antonio de Medoca visso rey que fué destos rreynos y para que en acabandose esta Santa Iglesia se pongan ambos a dos caxas en la grada adonde estuviera el altar mayor con su magd. manda y para que conste deste mandamiento de Vra. Exa. se sirba de probeeerlo por auto y que un escribano rreal se halle presste, alpassar de los dichos guessos y poner los en la dicha caxa y lugar donde a destar para que de testimonio dello y conste en todos tiempos donde estan los dichos guessos por tanto . . . . . .

« A Vra. Exa.—y supco-ansi lo probea y mande atento a que hay mucha necesidad de la dicha capilla para decir missa por haber falta de altares la dicha Santa Iglesia y los dichos guessos estan agora en el lugar donde sea de poner el dicho altar en la dicha capilla como lo ha visto Vra. Exa.—y si no se quitan de ally no se podrá decir missa en la dicha capilla de que reciben los saserdotes gran daño por no poner suficientes altares en la dicha Santa Iglesia para dezir missa sobre que pido justicia y para ello. . El licenciado Domingo de Ortega.

« En los rreyes en dies y seis de agosto de mill y seis cientos dies su Exa. probeyo traiga el Sr. doctor Arias de Ugarte este memorial la caxa de los guessos del señor virrey Don Antonio de Mendoca qe esta en pilar del lado del Evangelio donde al presste esta los del señor virrey Don Francisco Picarro se pongan en una caxa en el pilar de la Epístola y asista a executar esto El Doctor Arias de Ugarte y de un escribano rreal que de fee de lo que se ficiere . . .

« En la ciudad de los rreyes del Piru en dos días del mes de setiembre de mill y seis cientos y dies años en cumplimiento de lo probeido por el Exmo-Sr-marques de montes claros en el decreto de atras el Señor doctor Arias de Ugarte oydor desta rreal audiencia juntamente con el doctor Juan Dellarroca cura desta santa iglesia y el Capitán Martín de Ampuero binieron a la capilla dela concepción de Nra. Señora desta la dicha iglesia alaparte donde estava la tumba y entierro que estava fecho en depósito de los guessos del marques Don Franco-Picarro vissorey que fue deste rreyno y abiendo hocho abrir la dicha tumba se sacaron los dichos huesos por mano del padre Jusepe de bacca presvito y se pusieron en una caxa de madera aforrada en tro pelo negro y en ella puest un abito dela orden del Señor Santiago alaparte de afuera y en la dicha forma se llevo la caxa a la sacristía del altar mayor para ponerlo en el pilar isquierdo dela dicha Sacristia como por el dicho decreto esta mandado la cual se puso en el dicho lugar sobre dos canes de madera que el uno ba del pilar a la pared y el otro sale de la dicha pared y para que en todo tiempo coste de lo susodicho el dicho señor oidor mande que un traslado deste auto se ponga dentro de la dicha caxa autorisado y signado por my el pressente escribano y firmado de su merced y del dicho doctor Juan delarroca a todos los que fueron presentes por tanto el bachiller Diego de Ampuero capellan del dicho marques visserrey y el licenciado domingo de Ortega sacristan mayor de la dicha iglesia y el bachiller Diego Goncales Samora prebitero y otras muchas personas e yo que dello doy fee. — Jhoan Ramires escrivano de su magd.

« Nota. — Este documento va debidamente legalizado por el dicho Juan Ramírez de Aguilera, escribano de S. M. »

De ocho a once de la mañana puede visitarse diariamente la tumba del conquistador. Por ella desfilan todos los viajeros que pasan por la coronada ciudad de los reyes.

ORIOL SOLE RODRIGUEZ.

DE "IRREMEDIABLEMENTE"

La celebrada poetisa argentina Alfonsina Storni ha tenido la gentileza de desglosar para «PEGASO» de su libro «IRREMEDIABLEMENTE», próximo a aparecer, estas poesías que publicamos como una verdadera primicia.

OYE.....

Yo seré a tu lado silencio, silencio
Perfume, perfume, no sabré pensar
No tendré palabras, no tendré deseos,
Solo sabré amar.

Cuando el agua caiga monótona y triste
Buscaré tu pecho para descansar
Este peso enorme que tengo en el alma
Y no se explicar.

Te pediré entonces tu lástima, amado
Para que mis ojos se den a llorar
Silenciosamente, como el agua cae
Sobre la ciudad.

Y una noche triste cuando no me quieras
Cerraré los ojos y me iré a bogar
Por los mares negros que tiene la muerte
Para nunca más...

HOMBRE.....

Hombre yo quiero que mi mal comprendas;
Hombre yo quiero que me des dulzura;
Hombre yo marcho por tus mismas sendas;
Hijo de madre: entiende mi locura!

VEINTE SIGLOS

Para decirte amor que te deseo
Sin los rubores falsos del instinto
Estuve atado como Prometeo
Pero una tarde me sali del cinto.

Son veinte siglos los que alzó mi mano
Para poder decirte sin rubores:
— Que la luz edifique mis amores.
Son veinte siglos que movió mi mano!

Vuelan las flechas sobre mis cabellos,
Vuelan las flechas aguzados dardos;
Son vientes siglos de pesados fardos!
Sentí su peso al libertarme de ellos...

Y no creas que tenga el brazo fuerte,
Mi brazo tiembla debilucho y magro,
Pero he llegado entera hasta el milagro:
Estoy acompañada por la Muerte.

NOCHE LÚGUBRE

Estaba la noche compacta y sombría
Cuando me detuve de golpe a tu puerta,

Tu puerta de oro donde estaba escrito:
« Golpea viajera ! »

Estaba tu casa rodeada de plantas
Y llena de luces en medio a la estepa;
Sonaban laudes, trepaban rosales
Por sobre la verjas.

—Ábreme ! Mi grito resonó en la noche
Y huyeron del cielo todas las estrellas.
—Abreme ! Mi grito se hinchó en el desierto,
Palpitó la arena.

—Rebaños de lobos hambrientos me siguen,
Serpientes y tigres, leones y hienas,
Me buscan los rastros... me siguen a prisa,
Abreme tu puerta !

—Dame un rincón blando dentro de tu pecho
Para que repose, toma las cadenas
Que oprimen mis brazos y cárgalas... Ponme
Piadoso tus vendas.

—Me echaré a tus plantas humilde, sumisa,
Guardaré tus ojos, beberé tus penas,
Viviré de tu alma, pero dame, dulce,
Dame el alma entera !

Te asomaste entonces; debajo tus manos
Como la esperanza se movió la puerta...
Miraste mis ojos, mis ojos sombríos,
Mi boca en tormenta.

Miraste el desierto y ahullidos de lobos
Silbidos de sierpes, rugidos de hienas

Sonaron terribles. Las sombras estaban
Compactas y negras...

—Me buscan, me siguen, repetí temblando...
(Mis ojos echaban la luz de una hoguera)
Me buscan, me siguen; rasgarán mis manos,
Comerán mi lengua !...

Pero tu mirada se volvió de hielo.
—Queman demasiado tus ojos viajera—
Me dijo tu boca. — Sigue tu camino,
No es tuya mi puerta.

—Mi casa es de sombras, de dulce reposo,
De apacible aroma, de tranquilas selvas.
Me traes la noche, mujer; en tus manos
Se ve la tormenta.

Camino al desierto me volví gritando:
¡ Serpientes y tigres, leones, panteras,
Rasgadme las carnes, libertadme el alma !
¡ Oh malas !... Sed buenas...

Una a una luego por el lado mío
Piadosas y tristes pasaron las fieras.
Cerrada tu alma ! Cerrada tu alma !
No había una estrella.

ALFONSINA STORNI.

LA OTRA

Sara se recordó con un dolorazo de cabeza que hacía la fastidiase, es más, le causara verdadera tortura, el alegre trinar del canarito que cantaba al sol, riente y tibio, en la clara mañana primaveral.

Se sentó en la cama. Hacía calor. Retiró las cobijas que le pesaban y distrajo la mirada en la escala áurea de sol que penetraba por la ventana.

Escuchó los pasos recatados de la sirviente pasando frente a su puerta; luego anunciaron que estaba servido el café.

No quiso. — Insistía su mamá, desde fuera:

—Muchacha, que te vas a pasar de debilidad...

Aquel reclamo práctico la volvió a lo real de las circunstancias; la defendió un tanto del sopor de haber permanecido tantas horas en el lecho.

Lloró calladamente; se revolvió en la cama e inició, entre gimoteos y contradicciones, un monólogo sordo y dolorido...

¿Qué sentía? Su cerebro era un caos donde fracasaba toda su cándida imaginación de mujercita ignorante, de niña grande casi.

Ella había imaginado al amor tan distinto de lo que en realidad se manifestaba!

Las lecturas «morales», los circunloquios y las reticencias misteriosas que se desenvolvían alrededor del tema, no le dejaron ocurrir sino que el amor era una pura expresión de espíritus, como una afinidad de aromas entre dos flores; había supuesto un sucederse de leves «nuances», de suaves transiciones, a su idilio de pronto interrumpido, quebrado, roto, como por la brutal imposición de un accidente.

Los héroes de sus novelas amatorias eran entes impalpables que actuaban en un escenario irrealmente poético; participaba ese su mundo imaginario de la bruma impenetrable que envolvía los encargos de los bebes a París.

Es verdad que destruyó la tonta leyenda infantil, pero creó en su lugar una serie de disparatadas ocurrencias...

Así le había pasado con el amor...

***

Sus relaciones con Eladio habían sido sencillas, acomodadas a su inocente pensar.

Tras el dragoneo vulgar llenó él la fórmula del pedido de la mano y la solicitud de las visitas, dentro de un correcto estiramiento. Sus padres lo aceptaron y hecho ya el prometido oficial empezó a frecuentar su casa los jueves y domingos, con exacta regularidad.

Al principio los acompañaba en la sala su mamá que luchaba heroicamente por disimular los bostezos interminables... Después se iba para adentro la señora, un poco más temprano, y terminó por no hacer otra cosa que saludar al futuro yerno.

La asiduidad de las visitas estrechaban su intimidad... Ya se olvidaban entre las de él las finas manitas de Sara y reeditaban, entusiastas, los besos que antes sólo marcaran la hora melancólica de la despedida...

A veces, el loco, la hacía ruborizar con escabrosas conversaciones, ya aludiendo al futuro que les reservaba tantos goces o refiriéndose a sus encantos...

Esos disgustillos de enamorados, entre paréntesis de besos, les eran comunes como a todos los novios. Una vez hubo de acentuarse el enfado cuando él, pretextando, arteramente, comprobar la viva gracia, la pura ele-

gancia de líneas de su cuerpo, le pidió que lo esperase sin corset...

—¡Qué desvergüenza!... Mejor: ¡qué capricho ridículo!...

La ofendida no le contestó y Eladio pasó unos cuantos días «empacado», yéndose temprano o alargando indefinidamente la plática con la mamá de Sara, mientras ésta, nerviosa, se mordía, sabiendo demasiado a que atribuir la fingida indiferencia de «don caprichos»...

***

Aunque le costó a Sara vencer muchas pudorosas resistencias, se resolvió un día a complacer la exigencia ridícula... Pero, naturalmente, no se animó a comunicárselo... Se diría que él se había olvidado de aquello...

Una noche caliente, en que el perfume enervante de las flores del jardín que llenaba la sala y la semiluz rósea de la lamparilla eléctrica la adormecían y la tornaban lánguida y tierna, mientras él atrevía un brazo por su cintura flexible y fina, entre ruborizada y burlona le interrogó:

—Y la nueva Friné que deslumbrará a los jueces?...

Le pagó Eladio la revelación con una sonrisa agradecida, la estrechó amorosamente contra sí y le cerró la fresca boca a besos quemantes que la ahogaban en deliquios indecibles...

Sintió Sara los ojos ardientes de su novio, su respiración alterada, un trémolo de pasión subrayando su frase encendida y tuvo miedo de que la destrozase el abrazo brutal, en que vibraba, junto al cuerpo del hombre estremecido, tremante, que palpitaba en una animalidad primitiva, casi feroz!...

¡Y ella también había participado de aquella racha de locura! había entregado su boca a la glotonería de la de

él, y había plegado, hecho dúctil, como una divina cera viva,—su cuerpo esbelto, mórbido, juvenil.

Y eso era lo que le dolía, la atenazaba, la vencía, tal una culpable de un pecado inaudito.

Sí! había vibrado en aquella animalidad inferior que ignoraba! La palomita cándida!, cómo se había dejado arrastrar en el raudo torbellino cálido!

¡Cómo había respondido, arrebatada, al beso hondo, y gustado la voluptuosidad virgen de sentir las manos de él pulsando en sostenidas caricias el tesoro impoluto de su carne aterciopelada y palpitante!...

Una causa leve, un ruido, los hizo volver a la realidad. Sara reaccionó inmediatamente y le rechazó airada, vuelta a su dignidad de mujer herida, llena de reproches...

Y se había ido él, para no volver ¡nunca más! según su expresión definitiva.

Todo por aquello, por aquello que la hacía ruborizar, que la abochornaba, y luego la entristecía intensamente en su derrumbe de ilusiones. Que, quizá sintiese más por el fracaso de su ensueño, por su pobre castillo de brumas, que creyera tan consistente, que por el novio que se iba...

***

¿Sería terminante la resolución de Eladio? No volvería más?... Es que no debía volver; no le recibiría ni contestaría sus cartas, si intentaba escribirle... Aquello había terminado...

En su casa querrían enterarse del imprevisto truncarse de sus amores, pero ya encontraría ella pretextos, medios de eludir explicaciones...

Pero... no era aquello lo que la preocupaba, sino la descarnada realidad del hecho brutal que le revelara, crudamente, la cruel verdad...

Quería decir entonces que tras la soñadora, la niña delicadamente espiritual, existía otra personalidad que

ella había ignorado: una mujer vulgar, que no se diferenciaba de las demás bajas mujeres; con los apetitos, las materiales debilidades, las lacerias de la sirviente, de la lavandera ?

Recordó la repulsión experimentada un día que sorprendió abrazados à un doméstico con una mucama, a quienes hizo despedir inmediatamente de su casa. Había cometido una injusticia ya que ella, desde un plano superior, descendía a semejante bajeza !

Debía convencerse entonces de que su cultura y su refinamiento, no prevalecían por sobre aquel torpe enceguecer de la materia triunfante; que toda su selecta espiritualidad caía arrumbada al soplo de unos besos apasionados y de una llamarada de deseo !

¿ Tendría que suceder aquello ?...

Para ella no se planteaba el problema moral de la falta de antes o de la normalidad de después del matrimonio sino del amor, del amor humano que tanto había divinizado, soñadora; no pasándole, ni por asomo, por la imaginación, que la flor de fina espiritualidad de su amor idealista tuviese sus raíces absorbiendo el lodo de la carne... Sería todo animalidad carnal ?... Entonces él tendría razón ?...

Se llenaba de dudas...

***

De cualquier manera sus amores habían finido. No podría continuar con Eladio. El, que conoció la otra, la que podría llamarse feminidad hecha alma, había visto despertar—o despertado—su grosería interior; él era el asesino de la mujercita de ayer, ya que destrozando su ingenuo sueño había dado vida a esta mujer nueva, que respiraba instinto por todos los poros, que casi no ignoraba nada...

No podía, no, no podía ser !...

***

Se levantó de la cama y se vió de pasada, en camisón, reflejada en la limpia luna del espejo y huyó de su figura, de la enemiga, a quien veía tan cerca... Con la cara encendida, la boca húmeda, los ojos brillantes, excitada por la prolija evocación mental, con los brazos y el cuello desnudo y el cabello revuelto,—le pareció realmente que otra mujer había cruzado frente a ella con una sonrisa procaz y un gesto descocado...

***

De pie, junto al escritorito lleno de adornos, se desesperó de irresolución; sintió el vacío del problema insoluble frente a la blanca cuartilla.

Ruborizada, cual si le penetrasen las ideas, como si la hiriera la acusación de quien la adivinase próxima a claudicar, hundió, nerviosa, la pluma en el tintero y rompió el papel con dos frases: ¡ Ven ! ¡ Ven !

MONTIEL BALLESTEROS.

EUGENIO DE CASTRO

ROMANCE

PARA ADORMECER A LYDIA.

Traducción.

Media noche, media noche
Desde la torre caía,—
Y en su camarín real
Doña Mafalda cosía.
La tela que iba cosiendo
Plata fina parecía,
Y junto a ella, su madre
En cama de oro dormía...
Un largo manto brillante
Su esbelto cuerpo envolvía,
Y el anillo que llevaba
Rayos de luz desprendía.
Por la escalera se oyeron
Pasos de alguien que subía,
Y oyéndolos, la Princesa
A abrir la puerta corría.
Oyéndose abrir la puerta,
Los ojos la madre abría,
Los abrió y no vió nada,
Que el candil ya se moría.
—Quién es que anda abriendo puertas,
Hija, aquí cerca de mi?
—Señora madre, es el viento
En las puertas del jardín.

Se segura con tal respuesta
La madre se adormecía;
Y al dormitarse, Mafalda
Hacia la puerta corría.
Luego a un gesto de Mafalda,
Un caballero surgía;
De cochinilla preciosa
Era el jubón que vestía.
Y en bello cinto bordado
Puñal de plata traía;
En brazos del caballero
Doña Mafalda caía.
Y al ruido de los abrazos,
Los ojos la madre abría,
Los abrió y no vió nada,
Que el candil ya se moría.
—Quién es que está a los abrazos,
Hija, aquí cerca de mi?—
—Los árboles,—madre mía
Se abrazan en el jardín.

Segura con tal respuesta,
La madre se adormecía,
Y al dormitarse, Mafalda
A su amado sonreía,
Sonreía y en sus brazos,
Entre sus brazos caía;
Fuerte corriente de besos
Aquellas bocas unía.
Y al ruido de aquellos besos,
Los ojos la madre abría;
Los abrió y no vió nada,
Que el candil ya se moría.
—Quién es que está dando besos,

Hija, aquí cerca de mi?
—No son besos, son las fuentes,
Son las fuentes del jardín.

Segura con tal respuesta,
La madre se adormecía...
Y al dormitarse, Mafalda
A su amado sonreía,
Sonreía y en sus brazos,
Entre sus brazos caía.
De seda bordado era
El corpiño que tenía,
Contra el pecho, el caballero
Contra el pecho la oprimía,
Con tal fuerza que la seda
De su corpiño crugía.
Y a ese crugir de sedas,
Los ojos la madre abría,
Los abrió y no vió nada
Que el candil ya se moría.
—Quién está estrujando sedas
Hija, aquí cerca de mi?
—El viento que arrastra hojas,
Hojas secas del jardín.

Segura con tal respuesta,
La madre se adormecía...
Y al dormitarse, Mafalda
A su amado sonreía,
Sonreía y en sus brazos,
Entre sus brazos caía,
Y a la boca de su amado

Sus lindos senos abría.
Los besaba el caballero
De un modo que parecía
Que nos los iba besando,
Sino que se los mordía.
Y a ese morder de senos
Los ojos la madre abría,
Los abrió y no vió nada,
Que el candil ya se moría.
—Quién anda mordiendo senos,
Hija, aquí cerca de mi?
—El jardinero, que muerde
Frutas verdes del jardín.

TELMO MANACORDA.

PANTHEOS

Ha dicho melancólicamente, el editor de ese libro, que miles de tomos conteniendo los mejores versos y las más exquisitas prosas de sus editados, esperan compartir con «Pantheos», en los polvorientos estantes, la gloria de no ser leidos.

En las palabras de ese editor quedan sintetizados todas las amarguras, todas las desilusiones y todas las desesperanzas de los autores uruguayos, máxime de aquellos que, como Sabat Ercasty, no vienen «a llenar un vacío» en materia política o filosófica, y que sólo escriben porque son poetas. Así es; porque si el autor de «Pantheos» no sintiera la influencia secreta, de que nos habla el abuelo Boileau; si no estuviese convencido de que poesía es su verso y poesía es su prosa, no se hubiera armado caballero del valor, Quijote de andanzas criollas, para publicar un libro en plena guerra o sea en el peor y más terrible de los prosaísmos históricos, cuando un telegrama vale más que un soneto y Foch más que Hugo o Samain.

El libro de Sabat contiene varios poemas en verso y prosa; y en todos ellos se encuentra, si el catador es bueno, la belleza que Flaubert, maestro de la forma y del gay decir, exigía en toda «obra de arte», en la más pura, más noble y elevada acepción de la palabra. Y es precisamente en esa poesía íntima del verso, en su alma, espíritu o esencia, donde debe buscarse la belleza de esos poemas, el ritmo secreto que, de la página a nuestro corazón, nos conmueve, nos emociona y nos domina.

Si el poeta de «Pantheos» quisiera escribir versos sonoros, a la manera de los eternos «payadores» de esta Amé-

rica sin Ilíada, fácil le sería, no solo porque posée, cuando lo quiere, el dominio del acento y la armonía, sino porque, más feliz que dichos fabricantes de estrofas, su rica imaginación sería fuente inagotable de consonancias más o menos musicales. Así, por ejemplo, los dos últimos versos de «Nirvana»,

«¡Ah, la quietud, la inanidad, la paz sin fin,
En la embriaguez del corazón y del silencio...!»

no tienen, aparentemente, la armonía de otros versos del mismo poema:

«El opio y la embriaguez hacen más diáfano
El letargo profundo de los cielos,
Y el alma sube como en humo de oro
Sobre las blancas alas del ensueño»

Sin embargo, todo el nirvana, que el poeta ha contemplado en el fondo de sus horas de fastidio, se encierra en los dos primeros versos transcriptos.

Para los críticos de «buen oído» (o de orejas grandes), «Urania» no será un poema bello, en la vulgar y escolástica acepción; porque no solo les será imposible identificarse con el poeta para evocar el mundo que fué,

«Antes que el pensamiento divino fuese estralla!»

sino que imposible también les será apreciar la belleza, profunda belleza, de los astros asonantes, o sea de los nombres de estrellas y constelaciones que el poeta coloca aquí y allá, con original soltura.

«La llama oscila! La llama tiembla! La llama canta!
La llama alza su vuelo
Sujeta a misteriosas atracciones,

Hácia las estrellas del gigante Orión!
Luego agita mi fiebre
Por las constelaciones del Aguila y del Toro!
Después surca el espacio
Como una estrella errante
Hácia sus cuatro hermanas del crucero del Sur!»

Un poeta que así canta, y que al cantar, sus ritmos pasan «en silencio» de las páginas del libro al corazón que espera; un poeta que desdeña; a fuer de selecto, las musiquerías de organillo para impresionarnos más profundamente con la belleza que surge del verso pronunciado, como surge la belleza de un drama cuando el telón ha caido, o la de una novela cuando el volúmen se cierra; un poeta, en fin, que no se detiene a mirar ni la cara ni el gesto de sus lectores y sí a escuchar las palpitaciones del corazón hermano, no puede, en un primer libro, imponerse en estas tierras de ingenuidad o de rapsodia.

La gloria de no ser leído, podrá desde ya besar la frente del poeta; pero otra mayor, la gloria de no ser comprendido, podrá acompañarle siempre, si persiste, como en «Pantheos», en expresar la belleza a la manera suya, en su vaso, cuyo cristal, al ser tocado, ha de emitir «la nota de oro» del cuento persa.

Pero con esa gloria o sin ella, Sabat es un poeta. Y esta palabra será la mayúscula a inscribir en sus armas heráldicas: —«Poeta» sobre el blanco y el azur de un escudo en que otros atributos, la espada y la rosa, dijesen la casta del caballero: la espada, símbolo de fuerza; la rosa, símbolo de helénica belleza.

JOSÉ L. GOMENSORO.

EL CANTO HUMANO

Carne fecunda y casta,
carne rosada y blanca,
carne de maldición,
de infinito placer y de dolor!

¡Oh, carne perfumada y tentadora,
suave como pétalos de rosa!
¡Oh, carne miserable que nos hieres,
nos matas, nos engañas y enloqueces!

Fuente de inspiración, placer que enerva,
sueño que nos enferma,
fruto de maldición, fruto maldito,
¡Ay! tal vez por lo mismo apetecido.

Carne vil: dá las gracias a quien pudo
sepultarte en el antro más profundo
y te elevó a la tierra y a tu vista
abrió los horizontes de la vida;
y a tu aliento dió el germen
fecundo de la vida y de la muerte!

¡Oh, carne impura, casta,
paradojal, contradictoria, vana!...

MANUEL BENAVENTE.

1918.

UNA NOVELA DE EDUARDO BARRIOS

Nunca había leído nada de Eduardo Barrios, cuando he aquí que el vigoroso escritor chileno tiene la gentileza de poner su última obra en mis manos. Y con el precedente de saber que se trataba de una novela que en Santiago obtenía, actualmente, el más completo éxito, comencé su lectura.

Por lo general, quién lee un libro sabiéndolo bueno, concluye encontrándolo inferior a lo que se había imaginado. A mí no me ha sucedido esto, No lo he encontrado mejor ni inferior, porque lo he encontrado distinto, con bellezas diferentes, pero con bellezas, siempre, con muchas bellezas.

«Un Perdido», es una obra dolorosa y una obra de estudio psicológico. Puede gustar a muchas personas y aburrir a otras tantas. Es cuestión del grado cultural de los lectores. Yo creo que no es necesario esperar una novela futura para poder afirmar que Eduardo Barrios, no sólo es merecedor a que se le considere uno de los noveladores más fuertes y completos de Sudamérica, sinó también de la península española, puesto que con esta obra, demuestra estar habilitado para resistir una comparación con los buenos novelistas de la generación que se ha dado en llamar del año 98.

El personaje central, Luis Bernales, está tratado con tánta habilidad, posée tánto perfil dentro de la novela, que se sale de sus páginas tal como si fuera el alto-relieve de un friso antiguo. Y esto acontece no solamente con la figura principal, pués sucede lo mismo con las del abue-

lo *Papá Juan*, con la de *Luis Bernales*, la *Meche*, el *Teniente Blanco*, *Rosario* y otras. Son muchos los tipos a que Barrios ha dado vida. Ellos pasan por la obra—que es como decir junto al personaje cumbre—con un lineamiento justo, y al ir adquiriendo cada uno su perfil dentro del rol que le está encomendado, le va prestando, al mismo tiempo, un perfil más acentuado a aquel enrededor del cual giran y viven, dejándolo así, cada vez más brillante y más pulido.

Toda la vida de un individuo, desde su nacimiento anormal hasta su madurez, está relatada en estas páginas con proligidad de detalles, con sencillos y hondos comentarios de los fenómenos psicológicos que aparecen en el caracter del mismo. Porque una vida es como un hilo con nudos de trecho en trecho, que son los acontecimientos y problemas que se le presentan al hombre. Los que saben desanudarlos y seguir adelante, triunfan; los que se quedan en el primer nudo, vejetan; y los que por falta de voluntad, siguen, pero sin haberlos desatado, caso este en que se podría incluir al protagonista de la novela, fracasan.

El estudio de psicología que Eduardo Barrios realiza sobre la figura saliente de la obra, tomando a *Lucho* desde su niñez y siguiéndolo en el curso de su vida, caída tras caída, hasta que vencido, se entrega por completo al olvido que produce el alcohol, es dígno de un maestro.

Lucho es un perdido porque es un incomprendido. De haberse hecho comprender por su padre solamente, de no haber tenido tánta timidez, su porvenir hubiera sido otro. Era dueño de algunas aptitudes si no de esas que hacen triunfar plenamente, por lo menos suficientes para sostenerse en ellas y no caer de tal modo, puesto que era bueno, honesto y sensitivo. Pero la vida no le presentó, sinó raras veces, circunstancias apropiadas para que sus dotes, coincidiendo con ellas, fructificaran en bien suyo; y cuando se las presentó, por exceso de timidez las dejó

escapar, y fué cayendo, rodando, *sin desatar los nudos* que le presentaba la existencia, enredándose más cada día en el hilo de su propia desgracia, hasta perderse con el paso inseguro y los ojos brillantes, en la amoralidad de los antros que están al margen de la Sociedad.

Cuando vive con su padre, el Comandante Bernales, en el cuartel de Iquique, tiene la suerte de descubrir que éste lo ama como se ama a un hijo, sin saber que su hijo tiene los mismos sentimientos hacia él, y Lucho siente deseos de echarse en sus brazos. Ya está salvado, lo va a realizar, ha encontrado por fin el puesto de salvación pero cuando llega *el momento* de obrar, ante el semblante adusto y cotidiano del comandante, vacila, y vuelve a triunfar la timidez hasta sobre el amor filial. Luego, encuentra el amor y el sosiego anhelados entre los brazos de una mujer, de una prostituta. Este amor de adolescente le produce unas horas de felicidad, todos los días, durante algún tiempo, pero ella, la pobre *Meche*, adquiere una enfermedad contagiosa y se oculta para siempre.

Lucho ya es un mozo. Ha sufrido mucho, pero le quedan también muchos días para amar de nuevo y seguir siendo juguete de la adversidad. Construye su nido con *Tere*. La Felicidad, durante unos meses le vuelve a sonreir, luego se torna seria, hasta que le hace una mueca horrible. *Tere*, descaradamente, lo engaña con uno de sus amigos y desaparece. Ya ha cumplido su rol. Entonces Lucho se deja ir por el cuesta abajo, y desciende hasta los últimos escalones, perdiéndose de vista.

Tal es, comentada a grandes rasgos, la vida de Lucho, arrancado a la realidad cotidiana y enderedor del cual, Eduardo Barrios ha hecho desfilar una infinidad de personajes interesantes, en ambientes distintos y pintorescos, que dan a la obra una consistencia e importancia sociológica muy pocas veces alcanzada en otros libros sudamericanos de que yo tenga conocimiento.

Y para contraste, junto a este caracter de niño tímido y apocado, que días antes del baile de máscaras a que va a asistir se sabe de memoria las bromas que va a dar, lo que le dirá a aquellos, a estos chicos como él, para avergonzarse por completo en el momento de la fiesta, en la cual todos se divierten menos el pobre tímido, el escritor chileno ha puesto, para guiar sus pasos infantiles, el temperamento buenísimo, sabio y pleno de fuerza filosófica del abuelo *Papá Juan*, que en el ocaso de su vida, hace, dentro de sí mismo, una cosecha de bríos juveniles—reales o irreales—pero que le prestan fuerzas para comenzar a reconstruir su fortuna perdida, hasta que la Muerte lo separa del escenario con mano brutal.

Toda la psicología de Lucho está en germen en esta página del baile infantil, maravillosamente descrita y sentida; como todo el temperamento del abuelo, está, en extracto, en este último y hermoso gesto de su vida, de una enseñanza, de una elocuencia extraordinaria.

Si uno de los méritos de Barrios estriba en la correcta pintura de sus *tipos*, otro mérito digno de tenerse presente es el modo natural con que los maneja, dentro del ambiente real y contemporáneo que les va creando a cada uno, factor éste que viene a demostrar el acabado conocimiento que de la técnica posee el escritor.

Aparte de esta apreciación, no quiero pasar por alto otra de las observaciones importantes que este libro me sugiere. Tiene que saber mucho de psicología femenina y de las costumbres de una clase social en cuyos laberintos muchos se pierden, quien como el autor de «Un Perdido», describe con tal acierto y pluma veraz, el cuadro al margen del cual tiene lugar la escena entre Lucho y Ana, mujer de vida galante, quien por ser amiga de la Meche y de Lucho mismo, aún cuando esta ha desaparecido de Iquique y mucho del pensamiento de aquel, le guarda fidelidad hasta en momentos en que no tendría

porqué, dada su ausencia y estando ellos bajo la influencia de los licores y de la orgía.

Es curioso—a veces—considerar el Honor y la Virtud entre estas mujeres. Barrios ha demostrado saber hasta donde se estiran, en su elasticidad, estas palabras, entre la aludida clase social.

Y así, tienen un lugar señalado los ambientes más antagónicos, en la novela que me ocupa; desde el aristocrático en que vive Blanca, y al que Lucho no se pudo adaptar, hasta el ambiente de burdel donde encontró un corazón de mujer puro y amoroso, en el pecho de la buena *Meche*, y un gesto de fidelidad y delicadeza *en el de su amiga Ana.*

Para concluir estas impresiones, quiero agregar que el protagonista central de «Un Perdido», *entra* tánto en el espíritu del lector, y éste se interesa de tal modo en sus vicisitudes, que al considerar el cúmulo de desventuras que pesan sobre él, sin que una vez siquiera la Fortuna le sea propicia, se sienten deseos de arrojar el libro al impulso de la más justa protesta.

Pero aunque Barrios haya sido *demasiado cruel* con su hijo intelectual, ello no puede considerarse como un defecto, a mi modo de ver.

En resumen, esta obra merece que hacia ella se dirijan los ojos de todos aquellos que se interesen porque nuestra joven América cuente con una literatura propia.

FERNAN SILVA VALDES.

EL ESPEJISMO

Ya nos lo predicaban en la Escuela:
Nada como el trabajo dignifica
y hace feliz al hombre. La fortuna
sólo por ese medio se conquista.
El único camino es que conduce
a la inefable Tierra Prometida—
¡Era el eterno «sésamo» burlando
las siete arcanas llaves del Enigma!

Y para dar relieve a tal aserto,
para corroborar esa premisa,
hacíamos ingenuas narraciones
de cómo muchas gentes conseguían
enriquecer con la labor honesta,
o bien, de una tortuga y una hormiga
leíamos la fábula elocuente . .
Y ya con el trabajo por divisa
quince años ha que doy por los talleres
a cambio del mezquino pan, mi vida!

Jamás hurté mi brazo
al fecundo trajín; siempre creía
pasajero mi mal, cercano el Premio;
y, dándose a soñar mi fantasía
tejía el velo de mis ambiciones
para cuando llegase la Justicia. .

Otros soñaban con palacios aúreos,
pompas aristócráticas, orgías
allá en la tierra del champagne, Casinos,
Hipódromos, y cuanto concebían
sus mentes. Mis anhelos
—También, Señor, las ilusiones mías!—
eran hacer un nido de leyenda,
radiante de humildad y de poesía,

en donde hallar, de vuelta del trabajo,
junto a la compañera de mi vida,
el bien que arranca líricos hosannas
y pone acorde al corazón la lira.

¡ Cuánto soñar en vano !
Inútiles fatigas,
mientras otros hermanos haraposos
nos miran con envidia
al ver que tan siquiera trabajamos
y ganamos el pan de cada día,
agrio y escaso, pero « ya es fortuna »
dicen, en su sarcástica codicia . .
Pobres ! Y sufren siempre que comprueban
que son más lentas nuestras agonías !,

Quince años ha que voy a los talleres
con precisión de péndulo, y el día
del Premio no ha llegado.
Otros que abandonaron la consigna
sacramental llegaron a la meta
de sus anhelos; pero la Justicia
que yo esperaba no llegó; y en tanto,
para endulzar mi acíbar,
me hablan del Hospital y del Asilo
y de la Caridad « porque la vida
mala o buena, es así ». Pero yo sigo
soñando con mi dicha:
esa de hacer un nido de leyenda,
radiante de poesía,
en donde hallar, al declinar la tarde,
junto a la compañera de mi vida,
el bien que arranca líricos hosannas
y pone acorde al corazón la lira !

PEDRO DEL RIVERO.

GLOSAS DEL MES

El Calendario y los Domingos.

¿ Que es un calendario ? El calendario es una manera de dividir el tiempo y de dar nombre a estas divisiones. Bueno: esto es casi tan viejo como el mundo y son los hombres—astrónomos quienes calcularon esas cosas profundas de los años y los meses ligados a los movimientos de las tierras y los soles. Productos de este saber son los calendarios egipcios y caldeos y gregorianos y otros por el estilo. Pero al lado de estas cosas profundas y de pertenencia científica en cuyo terreno no he de penetrar (pues no hace el caso y me estaría vedado, además, por razones de delicadeza intelectual), hay otras cosas que están ligadas, no ya al movimiento de los astros, sino al movimiento del pensar y del sentir humanos. El día Domingo es una de ellas.

Segun la Biblia, Dios creó el cielo y la tierra y, despues de haber trabajado durante seis días, descansó en el séptimo. Si Dios, que es todo—poderoso, tuvo necesidad de descanso después de seis días de labor, juzgad cuán necesario ha de serlo para el hombre. Y es así como la religión, asignándole un orígen divino, ha instituido el Domingo como día de reposo. Y es así como todos los hombres acataron y honraron el precepto religioso, que no hubieran acatado en verdad tan unánimemente por razones simplemente humanas. (Así Moisés prohibió a su pueblo la carne de cerdo y así Mahoma hizo bañar diariamente a sus adeptos). El hombre ha sido siempre un niño y ha necesitado de tutores y de guías en su paso por la tierra. Para los hombres — niños, para la humanidad—rebaño han surgido siempre los hombres — genios y pastores que hubieron menester (héroes, que diría Carlyle).

Pero el pensar y el sentir humanos han evolucionado con los tiempos. He aquí que para muchos hombres todas esas no son más que paparruchas de la religión. Hoy va penetrando en la mente de la mayor parte (no de todos—falta mucho todavía para que penetre en la de todos) que el domingo debe ser un día de reposo, por la sencilla razón fisiológica de que el hombre tiene que descansar periódicamente y nada más.

Pero el hombre sigue evolucionando siempre y con él las condicio. nes de su vida sobre la tierra. A tales condiciones de vida correspon den tales cosas y variando aquellas han de variar éstas a su vez forzosamente. La industria, el comercio, las múltiples exigencias de la vida contemporánea han creado la necesidad del trabajo contínuo. La actividad incesante es una de las características de la vida actual de la humanidad. Entonces han pensado algunos: el domingo, día de descanso para todas las actividades, no corresponde ya a las nuevas condiciones de la vida humana. Su subsistencia, dentro de ellas, es irracional. Suprimir las energías y las autoridades de todo el mundo en el mismo día no es hoy posible. Tan es así que realmente ocurre que unos descansan y se divierten en este día; pero otros no. Como cada hombre necesita, por razones fisiológicas, reposar despues de tantos días de trabajo y como el domingo actual es irracional, por las razones apuntadas, suprimamos este día y creemos, en cambio, el descanso rotativo racional para todo el mundo.

¿Qué tal? preguntan estos racionalistas.

Me parece muy bien. Del punto de vista de la razón pura estos racionalistas tienen razón. Yo, esto no lo discuto. A mi, hombre razonable, todo esto me parece perfectamente razonado.

Pero ¿es esto factible? ¿Aceptarán todos los hombres una innovación tan radical? Seguramente no. La tradición y la costumbre son cosas que hacen mucha fuerza en la conducta de la humanidad. La humanidad razona poco por su cuenta. Son sus guías los que razonan por ella y la humanidad se va dando cuenta poco a poco de sus necesidades, a medida que se las van mostrando y a medida que se va insistiendo sobre ellas. Las épocas de los apóstoles y de las conducciones, mediante engaños bien intencionados, ha concluído. No se pueden imponer ya normas de conducta en nombre de principios superiores de origen divino. Hay que imponerlas simplemente en nombre de la razón. Y como la fuerza de la tradición y de la costumbre es enorme, y como la humanidad continúa aún, a pesar de todo, siendo niña y razonando poco, es menester mucho tiempo para convencer a todos de una cosa, así sea la más racional y sencilla, si ella va contra el órden de cosas a que está acostumbrada.

Innovemos, y eso está muy bien siempre que sea un perfeccionamiento y eso es muy general dentro de la evolución. Pero no innovemos a la fuerza y contra el sentir o el pensar de casi todos. Convenzamos primero. Innovemos despues. Y no olvidemos que para convencer a la humanidad, cuando la innovación a hacer destruye costumbres casi inveteradas, se necesita mucha paciencia y mucho tiempo.

Si para muchos aun, el Domingo es un precepto divino, para casi

todos, para la inmensa mayoría el Domingo es un día irreemplazable. ¿Con que vais a sustituir el sentimiento de este día, hoy por hoy, entre los hombres? ¿Cómo es posible suprimir, así—de golpe y porrazo—este día Domingo en que los hombres descansan, se divierten y salen a paseo?

ALBERTO BRIGNOLE.

El Ateneo.

Si preguntáramos a un niño algo despierto de esta ciudad: ¿qué es un Ateneo?; jugamos la cabeza que nos contestaría: «es una casa grande casi un palacio, con muchas ventanas herméticamente cerradas siempre, a no ser en tiempo de farándula carnavalesca, en cuya época se suele ver a algunas damas y caballeros jugando en ellas a las serpentinas.

«En su puerta, por la tarde, muy bien trajeado, suele verce a un negro portero bostezar terriblemente: nada tiene que hacer, en efecto, porque puede uno pasarse horas enteras sin ver entrar ni salir por ella, a persona alguna. Y los que se ven obligados a franquear la maciza puerta del edificio,—generalmente mozos de cordel cargados con cajones de bebidas o aguas minerales,—salen azorados como si volvieran de una catacumba: tal es el silencio y el olor a cosa vetusta o muerta que reina en su interior».

«Por la noche aquello cobra un poco de vida; se iluminan algunas ventanas y el transeunte puede oir un vago ruido de piezas de dominó y de ajedrez.»

«Gente honesta y seria, amiga de la paz de los conventos y de las buenas digestiones, se solaza, sin duda, con esos juegos inocentes.»

Esto contestaría cualquier muchacho avispado de Montevideo juzgando por lo que vé.

¿Pero acaso los que no son muchachos ven otra cosa?

No hace mucho tiempo tambaleó la severa institución y hubo de pedir el auxilio del Estado. ¡Y lo que se le dijo entonces en la Cámara! Templo de Minerva, centro que nos enorgullecía, atalaya del saber, heredera de la Sociedad Universitaria....

Sólo algunas voces se levantaron valientemente para manifestar que todo aquello era patraña pura, que Minerva hacia mucho que había huído espantada de ese recinto, y que en cuanto a la extinta Sociedad Universitaria, se le usurpaban los prestigios.

Recordemos, de paso, este incidente que pone de relieve el concepto que a sus mismos panegiristas merecía la institución. Uno de ellos propuso librar de la patente a la cantina del establecimiento y, para

dar fuerza a su moción, dijo, con una sinceridad digna de loa, que el Ateneo no era, al fin y al cabo, mas que un sitio en donde se reunían por la noche como en familia, media docena de amigos a jugar al dominó y beber agua salus.

Y esto, desgraciadamente, y nada mas, es lo que debiera de ser el baluarte de la ciencia y el arte uruguayo. Cierto que nuestro ambiente es de lo mas asfixiante, que aquello de la Atenas del Plata, título pomposo con el que, patrióticamente, queremos enmascarar nuestra lastimosa indigencia cultural, ya no engaña a nadie; pero, por esto mismo, la acción del Ateneo debía de ser mas vigorosa, esa fué la gloria de la antigua Sociedad Universitaria, cuya herencia usurpa, ese es su deber, para eso el Estado lo apuntaló con su dinero, él tiene la obligación, puesto que es el único que podría tentarlo con éxito, de combatir la indiferencia y el excepticismo general.

Tal como están las cosas puede decirse que en las mesas de los cafés, en algunos salones particulares y hasta en la mas ínfima de las hojas que se publican en el país, se hace mas por el arte y la cultura del espíritu y se estimulan mas las producciones intelectuales, que en ese Centro helado y mudo como una esfinge.

Preciso es reaccionar, barrerlo, abrir todas sus puertas y ventanas, asolearlo, exorcizarlo, hacer que la juventud reanime su silencio de momia. No hay que temer su bullicio, acaso un poco desorbitado, pero siempre fecundo.

Sino lo mejor fuera transformarlo en escuela o en taller industrial: al menos así serviría para algo el edificio.

JOSE MARIA DELGADO.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Rodó. —Por VICTOR PEREZ PETIT.

Entre el fárrago de panegíricos insustanciales que se han tejido en homenaje a la labor insigne de Rodó, este libro se destaca por su solidez, su expontaneidad y, sobre todo, por el interés que sabe despertar.

Posiblemente no ha habido hasta ahora quien intentando hacer resaltar el mérito y divulgar la obra de aquel esclarecido compatriota haya elegido mejor ruta; porque no es acumulando adjetivos o batiendo locamente el parche del ditirambo, sino conociendo el arte tan difícil de ser ameno y dejarse leer, como se consigue que todo el mundo puede apreciar el valor de un maestro.

Es el primer estudio que se ha hecho del Rodó íntimo. Nadie mas capacitado para abordar esta tarea que Perez Petit, compañero en andanzas juveniles y hermano espiritual del eminente escritor.

Como todos los grandes hombres Rodó no parece haber sido toda su vida mas que un gran niño. Descontamos, desde luego, lo que el autor puede haber puesto de su cosecha en muchas de las anécdotas que narra, con el objeto de mejorarlas o de darles color. El amigo fraternal no es, generalmente, un buen historiador. Además él mismo figura como protagonista en la mayor parte de ellas y ya se sabe lo que la imaginación pone en todas las cosas que se miran desde muy lejos, maxime cuando ellas forman parte de lo mejor de nuestra vida.

A pesar de esto,—que no es de ninguna manera un pecado, sobre todo cuando se hace con talento,—Pérez Petit consigue darnos una idea bien nítida de lo que podíamos llamar el castillo interior de aquel selecto espíritu.

Otro mérito del libro es el de historiar la vida de la Revista Nacional que redactó el autor junto con Rodó y los hermanos Martínez Vigil. Esa revista, a nuestro juicio, concreta una época de nuestra literatura y los cuatro años de su existencia pueden señalarse como un ejemplo de lo que es capaz de hacer, aún en un medio hostil, el tesón, el talento y la energía cuando por un ideal se siente verdadero amor y no simple *dilettantismo*.

Por otra parte revélase en este nuevo libro Pérez Petit un alto crítico, profundo, claro, sagaz y de una erudición tal que sobrecoje.

En resumen, un libro excelente, ameno, que merece ser leído por todos, pues es, a nuestro juicio, el estudio mas completo que se haya hecho de Rodó.— J. M. D.

« Orientaciones Periodísticas ». — Por ALEJANDRO ANDRADE COELLO. La agobiadora profesión del periodista, que tantos talentos ha malogrado, a causa del constante apremio con que el escritor debe tratar asuntos de opuesta índole,—con detrimento del estilo y sin la suficiente profundidad de pensamiento,—a fin de satisfacer prestamente la voracidad pública; esa profesión anónima e ingrata, ha tenido un representante batallador en la persona del intelectual bohemio Manuel J. Calle, que acaba de fallecer en el Ecuador, su patria, después de bregar tesoneramente con la péñola durante treinta largos y agitados años. Así nos lo refiere con su acostumbrada amenidad el distinguido literato ecuatoriano Alejandro Andrade Coello, en uno de sus últimos y enjundiosos opúsculos, que ha tenido la gentileza de enviarnos. El crítico inteligente de « Rodó », de « Vargas Vila y su obra » y de tantos interesantes ensayos y semblanzas sobre figuras representativas del mundo de las letras, hace la biografía de su compatriota extinto, analizando con riqueza de erudición su labor de periodista. Ese folleto contiene acertadas observaciones y edificantes enseñanzas respecto a la misión educadora del periodismo y la responsabilidad de quien lo ejerce, por las proyecciones de carácter ético, social, intelectual y político que su ministerio refleja en la vida organizada de los pueblos cultos.

Manuel J. Calle poseía algunas excelentes condiciones del periodista moderno: tenía general intuición de las cosas, agilidad mental, dócil memoria; era un improvisador repentista y oportuno; concebía rápidamente; pero sus artículos adolecían, con frecuencia, del defecto de la repetición de los vocablos, hasta de frases completas, cuando no de expresiones rudas e hirientes en demasía, dictadas por ofuscadora pasión política o por subalterno odio personal, terreno éste al que amenudo descendía Calle, olvidando su cultural misión en la prensa. Fué un eficaz censor de los malos gobiernos de su país, pues, su pluma era diestra para dar en la llaga. Su crítica social combatió arraigados y rancios prejuicios, que le valieron alabanzas y enemistades. Sus charlas, escritas en un estilo epidérmico y fugaz, constituían la comidilla diaria de las gentes... En fin, hizo mucho bien y cometió grandes errores e inconsecuencias. Por eso, en el Ecuador ha sido tan vivamente discutida su personalidad. Manuel J. Calle fué un talento malogrado por las circunstancias en que le tocó actuar. Vivió de prisa, nerviosamente, sin tener tiempo para cultivar su

pródigo intelecto, ni pudo meditar más hondamente lo que concibiera y publicara.

El hermoso opúsculo que ligeramente comentamos titulado « Orientaciones Periodísticas », es digno de ser leído por la prédica sana que sustenta y por las normas de cultura e ilustración que determina como necesarias para encuadrarse dentro del bien entendido periodismo moderno. — A. E. M.

« El Pensamiento político de Alberdi ». — Por CARLOS PEREYRA. Editorial América. — Madrid 1918.

Con este título el escritor Carlos Pereyra, ha publicado un extenso estudio sobre la compleja personalidad moral y política de Juan Bautista Alberdi. La obra de este noble espíritu tiene una justiciera exaltación en las páginas que le dedica el citado autor, apologista sincero de aquella esclarecida mentalidad, considerada junto con Sarmiento y Rivadavia como una legítima gloria del pensamiento americano.

Alberdi es de aquellos hombres a quienes la posteridad comienza a hacer justicia, realizando sus ideas, acatando aquellos conceptos y propósitos, que en otro tiempo concitaran contra su nombre los más violentos dicterios, o la indiferencia más desalentadora y negativa. Incomprendido y hostilizado en su tiempo, blanco de las enconadas injurias con que la mediocridad pretendía lapidar su figura de hombre superior, Alberdi fué no obstante una extraordinaria conciencia, de visión amplia y moderna verdadero renovador político y moral, que soñaba para los pueblos de América más elevados destinos. La crítica moderna agena a los apasionamientos de la época, conciente de la trascendencia de su misión y con un recto sentido de la justicia histórica, enaltece ahora en Alberdi a uno de los cerebros más representativos de este continente, creador y ejecutor a la vez, de nuevos conceptos, estadista de fecundas orientaciones, pedagogo social en el sentido con que, en nuestros días, Ortega y Gasset define a los hombres de la contextura moral del autor de «Grandes y pequeños hombres del Plata. »

En el libro que comentamos surge nítida y precisa la vida y labor de aquel apostol de idealidades superiores, merced a la transparencia del estilo y el método expositivo de la exégesis que le dedica Carlos Pereyra.

La equidad del crítico y el anhelo de imparcialidad que revela el autor de « El pensamiento político de Alberdi » no le han permitido envolver en loas hiperbólicas y por lo mismo esteriles la personalidad de Alberdi. Estudia la génesis de la independencia rioplatense el proceso del desenvolvimiento cultural y político, factores y hombres que provocaron primero y concretaron en forma definitiva más

tarde, la emancipación americana, para relacionar después estos sucesos y coordinarlos con la obra e ideas que más tarde, en un período también intensamente constructivo, preconizó y defendió el vigoroso estadista y pensador argentino. — W. P.

« Espigas ». — Por ALMAFUERTE. — Edición mensual de « América ». Buenos Aires, 1919.

Es un homenaje a la memoria de Almafuerte, este cuaderno de la edición « América ». Van dos años que ha muerto el gran poeta y « América » hace bien en recoger algunas palabras suyas, de aquellas que la juventud no debe olvidar.

En autógrafo y como un prólogo « Espigas » trae esta frase de Almafuerte, que la humanidad acaba de ver consagrada ampliamente: « Un pueblo cuyas mujeres tomaron la Bastilla, sin más armas que su arrojo, podrá ser vencido por semidioses; pero nunca, jamás, por semi-bárbaros. » « Espigas » contiene páginas tan notables como « Al azar de las ideas », « Jesús », y algunas « Evangélicas », de esas que tan sencilla y hondamente decía el Maestro con su palabra altísima. — T. M.

Almanaque Ilustrado del Uruguay 1919.

Con el excelente material de costumbre ha aparecido este Almanaque Ilustrado cuya dirección está a cargo del conocido escritor Ricardo Sánchez.

Figuran al pié de sus composiciones literarias las firmas de muchos de nuestros mejores prosistas y poetas, amén de algunas extrangeras de renombre mundial, lo que hace del Almanaque un libro de grandes méritos en lo que a arte puro atañe.

Merece, en verdad, un caluroso aplauso por la elaboración de esta obra el señor Ricardo Sánchez, cuyo tesón y cariño por las manifestaciones superiores del espíritu son bien notorios. — J. M. D.

NOTA

Llamamos la atención de los artistas nacionales y extrangeros sobre el llamado a concurso que hace la Comisión Nacional de Educación Física, cuyas cláusulas publicamos en la sección avisos de esta revista,—para la confección de medallas destinadas a ser otorgadas a los vencedores de sus campeonatos.

Por la seriedad de esa institución oficial, por el modo de constituir el jurado que, a nuestro entender da todas las garantías de justicia posible, por la amplitud de sus condiciones, por la asignación elevada de los premios y por la belleza del tema que se presta como pocos a la inspiración y a la originalidad, creemos que este concurso tendrá el éxito que, con todo derecho, esperan sus organizadores.